

San Leon era Santa Pulqueria en la Iglesia, es decir, el apoyo del sacerdocio y el sosten del Catolicismo! El Santo Pontífice le envió copia de la carta que le habia escrito al Emperador, y le rogó apoyase su petición de la reunion de un Concilio en Italia, y, lo que es todavía más extraordinario, le dijo: « En nombre y de parte del bienaventurado apóstol Pedro, os constituyo especialmente *mi legado* para continuar este negocio con el Emperador. » (Epist.) Ved aquí, pues, una mujer constituida por el Papa legado del Papa para tratar los asuntos más importantes y más delicados de la Iglesia universal.

En el año de 450 el emperador Valentiniano habia ido de Rávena á Roma en compañía de Placidia, su madre, y de Eudoxia, su esposa. Pues bien, tambien á estas mujeres se dirigió San Leon con una confianza ilimitada, obligándolas á escribir por sí mismas y por medio de Valeriano al emperador Teodosio, para llamarle á la razon y á los deberes de un príncipe católico. Ellas lo hicieron en efecto, rogando á Teodosio « conservase inviolable la dignidad de San Pedro, de modo que el obispo de Roma, en quien la antigüedad reconoció el principado de todos los demas, tuviese la libertad necesaria para juzgar de la fe y de los obispos. »

Placidia, en su carta al príncipe extraviado, añadió estas bellas palabras: « Dignaos, pues, mandar que, segun la forma y la definicion de la Silla Apostólica, que nosotros veneramos como los demas, por su preeminencia, Flaviano conserve en todo su categoría de obispo, y que se envíe su juicio al Concilio de la Silla Apostólica, en la cual aquel que fué digno de recibir las llaves del cielo constituyó el principado del episcopado. » (Epist. 57.) De este modo se expresaban las mujeres al hablar de la Silla romana y de su augusta cabeza, complaciéndose en reconocer y confesar á la faz del mundo sus altos privilegios, en un tiempo en que muchos hombres, colocados en posicion elevada en la Iglesia, se obstinaban en desconocerlos y en despreciarlos. Esto consistia en que, guiadas las mujeres de aquella época por el instinto de su humilde fe, comprendian mejor que los hombres la economía divina de la unidad de la Iglesia.

No contenta Placidia con haber escrito á Teodosio, quiso escribir tambien sobre el mismo asunto á Santa Pulqueria, su augusta parienta, suplicándole « se uniese á ella para secundar las miras del

romano Pontífice. » Pero Santa Pulqueria no necesitaba ningun impulso exterior para secundar las miras del romano Pontífice, á quien ella se habia consagrado con todo su corazon. Aun antes de que recibiese la carta de San Leon, ella le habia escrito ya, y suponiéndole muy afligido por las divisiones que assolaban el Oriente, quiso consolarle, manifestándole « su amor á la fe católica y su horror á la herejía, y prometiéndole su ayuda en la aplicacion de los remedios que el Soberano Pontífice creyese convenientes para curar los males que la triste asamblea de Efeso acababa de causar á la Iglesia. » (Epist. 60.) San Leon recibió mucho consuelo con esta admirable carta, digna de un obispo y de un doctor de la Iglesia, y felicitó por ella á la santa princesa con la mayor efusion de su corazon.

§ XXIX. — Continuacion de la misma materia. — Matrimonio de Santa Pulqueria con Marciiano, con la condicion de que habia de guardar su virginidad. — Ésta fué la primera princesa cristiana que conservó la virginidad en el matrimonio. — Celo con que trabajó para destruir la herejía. — San Leon reconoció en ella este mérito. — Una mujer hablando y escribiendo como un gran teólogo. — Sus virtudes privadas, su piedad, su espíritu de penitencia y su caridad. — Magnífico elogio que de ella hace San Cirilo. — Gibbon haciéndose su panegirista. — La mujer piadosa es muy á propósito para gobernar. — Santa Pulqueria reunió en sí todas las grandezas y todas las glorias, y fué por sí sola una bella prueba de la verdad del Cristianismo.

Pero siguiendo siempre el desventurado Teodosio bajo la fascinacion del malvado Crysafio y del heresiarca Eutiques, no hizo aprecio de las quejas de San Leon; él le respondió de una manera evasiva, haciéndole ver que no intentaba cambiar de modo alguno el sistema que habia adoptado de proteger á los partidarios de los errores y de oprimir á los católicos. Pero no lo siguió por mucho tiempo. Habiendo ido de caza Teodosio pocos meses despues, el 29 de Julio de 450, se rompió la espina dorsal al caer del caballo, y espiró la noche siguiente. De este modo puso Dios orden á tantos escándalos que los hombres no podian remediar.

Habiendo sido Pulqueria declarada Emperatriz muchos años antes, tomó al momento las riendas del Imperio. El primer acto de



su gobierno fué echar de palacio al eunuco Crysafio, y entregarle á los magistrados, que, habiéndole encontrado culpable de horribles asesinatos, le condenaron á muerte, y esta sentencia fué al momento ejecutada. Él habia hecho mucho mal y cometido demasiados crímenes para que fuese posible perdonarle.

Habiendo hecho llamar pocos dias despues á Marciano, el personaje más distinguido del Imperio, por sus talentos administrativos y políticos, por su valor, por su probidad, y „sobre todo, por su ortodoxia y por su piedad, le proclamó Emperador, y esta eleccion fué aprobada unánimemente por el Senado, por el ejército y por todos los órdenes del Estado; y en seguida se casó con él, no tanto por lo que habia interesado su corazon, cuanto porque era el reflejo de sus virtudes y de su religion; no tanto por tener un esposo, cuanto por tener un compañero con quien poder dividir el peso de la corona y los cuidados del gobierno del Estado; porque ella le hizo prometer con juramento que no se opondria á que permaneciese virgen, segun el voto que habia hecho. Y ésta fué la primera cristiana que conservó en la córte la virginidad en el matrimonio. De este modo hizo ella de su esposo un ángel por las costumbres, lo mismo que el padre de los pueblos y el sosten de la fe (1); porque ella fué quien le inspiró aquel espíritu de celo católico y de adhesion respetuosa á la Iglesia, que el emperador Marciano manifestó con estas bellas palabras que pronunció al tomar asiento entre los padres del Concilio de Calcedonia: « Venimos á asistir á vuestro Concilio, á ejemplo del piadoso emperador Constantino, no para ejercer en él autoridad alguna, sino para proteger la fe, á fin de que no puedan inducir en adelante á nadie por medio de malos consejos á separarse de vosotros. » (*Act. Concil. Chalced., 6.*)

Marciano, al momento que fué elevado al trono, escribió á San Leon, como cabeza de la Iglesia, para manifestarle su sumision y encomendarse á las oraciones del Santo Pontífice. Mas parecia que aquellos santos príncipes se habian dividido las funciones del Imperio; que Marciano se habia reservado la administracion y la guerra, y Pulqueria los negocios de la religion y las obras de la caridad.

(1) « Marcianum, pari religionis studio, rebusque omnibus imperio dignissimum evertit ad imperium, sibi que, hanc ipsam ob causam, salva quam Deo voverat virginitate, conjugem delegit. » (*Brev. Rom., 7 Jul.*)

Dios bendijo las intenciones puras de estos santos esposos. Jamas fué la Iglesia más libre ni el Estado más feliz; los impuestos odiosos fueron abolidos, el vicio castigado y la virtud recompensada. Este reinado fué llamado la edad de oro del Imperio; y todo esto fué obra de la sabiduría y de la piedad de una mujer.

Santa Pulqueria, por su parte, comenzó por recibir los legados del Papa que acababan de llegar para regularizar la eleccion de Anatolio, elevado á la silla de Constantinopla por los herejes, y ordenado por Dióscoro. Por mediacion de esta princesa firmó sinceramente Anatolio la profesion de fe enviada por el Papa, y anatematizó á Eutiques y á Nestorio. Él aceptó de buena voluntad la célebre carta de San Leon á San Flaviano, mirada por los Concilios como el más bello y más perfecto compendio de la teología católica respecto al misterio de la Encarnacion. Y finalmente, escribió al Papa y le envió tres legados para dar testimonio de su fe. Al mismo tiempo Santa Pulqueria hizo llevar el cuerpo de San Flaviano, que habia muerto en el destierro. Ella hizo que volviesen á sus sillas los obispos católicos que habian sido arrojados de ellas. Hizo que volviese á la comunión de la Iglesia el clero, los monjes y las religiosas de la Palestina, que, extraviados por Dióscoro, se habian separado de ella; y en las cartas que les escribió sobre este asunto, es muy consolador oír á aquella admirable mujer hablar de la fe como un verdadero teólogo, y defender como un verdadero apologista el Concilio de Calcedonia como la regla infalible de la verdad. Ella dió cuenta de todo esto al Papa, que le dió las gracias, le volvió á encomendar los obispos, y le dió un público testimonio de « los servicios que ella habia hecho á la Iglesia contra las herejías. »

En efecto, ella fué quien, secundada por su esposo, y secundando á su vez las miras y los esfuerzos de San Leon, hizo cesar un gran cisma que desolaba el Oriente, reprimió el orgullo de los herejes, dió la paz á la Iglesia é hizo triunfar la religion. Nada es, pues, más justo que el elogio que el historiador ya citado hace de estos tres grandes personajes, en estos términos: « Así era como San Leon el Grande, con la dulzura, la firmeza, la sabiduría y la autoridad reunidas, mantenía en Occidente la paz y la fe, y hacía que volviese á él todo el Oriente, en lo cual era secundado tan admirablemente por el Emperador y la Emperatriz de Constantinopla, que parecia un solo espíritu en tres personas. Así es que Leon,



Marciano y Pulqueria serán eternamente el modelo de la perfecta armonía entre la Iglesia y el Imperio, para el mayor bien de la una y del otro.» (Rohrbacher, t. VII, lib. I.) Pero lo más admirable de todo es que entre los grandes cuidados del gobierno de un vasto Imperio y de los trabajos que debió necesariamente padecer para defender la Iglesia, y especialmente para conducir á su término los grandes Concilios de Efeso y de Calcedonia que la autoridad de los Soberanos Pontífices había convocado, sabía encontrar el tiempo suficiente para dedicarse á todo los ejercicios de la piedad cristiana; porque ella consagraba muchas horas á la contemplación de las cosas celestiales, á la lectura de los libros sagrados, á las prácticas de la mortificación y de la penitencia corporal, á las alabanzas del Señor y al canto de los salmos, que, abandonando el lecho á media noche, cantaba en comunidad con las princesas imperiales (1). Siempre comía con ellas, y no salía sino en compañía de ellas. Nada igualaba su devoción y su culto á los santos y sus reliquias, ni su deseo de inspirar esta devoción á los demás, y propagar el culto por todos los medios posibles (2).

Ella tenía una devoción especial á la Santísima Virgen, y nadie la aventajaba en celo por honrar á esta augusta Criatura, Madre del Criador; por celebrar sus grandezas y defender sus privilegios. Ella se valió de todo su poder real y de toda su influencia para asegurar á María contra las blasfemias de los nestorianos, el grande y magnífico título de *Deipara* (Madre de Dios), que la Iglesia le había dado. De este modo dispuso Dios, por un admirable rasgo de su providencia y de su sabiduría, que la más grande dignidad de la Virgen le fuese conservada intacta por el celo de una virgen; porque á imitación de la Santísima Virgen, Pulqueria guardó la virginidad perpétua en el matrimonio. Pero ella no se contentó con esto, sino que quiso extender el culto de su augusta Patrona, eri-

(1) «Tantæ curarum moles, quas præsertim in Ephesino, ac Chalcedonensi conciliis, romanorum pontificum auctoritate convocatis, necessario suscepit, nihilo illam, ad cætera christianæ pietatis officia facere segniorem. Cælestium rerum contemplatione, sacrorum librorum lectione, corporis afflictionibus sponte susceptis, se exercebat. Psalmos de nocte surgens una cum regie familiæ principibus decantabat.»

(2) «Dei ac sanctorum cultrix eximia, summopere semper contendit ut erga eorum reliquias cultus augetur.» (*Brev. Rom.*, 7 Jul.)

giendo altares y edificando en su honor magníficos templos, que llenó de dones y enriqueció con una largueza verdaderamente régia (1). Pero estas piadosas fundaciones y estas liberalidades no costaron ni un gemido al pueblo. Atribuyendo á la justicia de Dios, ofendida por los pecados de los pueblos, las calamidades públicas que los afligian, se apresuraba á aplacar la cólera del cielo con actos públicos de humildad, de penitencia y de religión (2).

Su caridad y su misericordia para con los pobres estaban á la altura de su devoción y de su fervor. Mientras ella vivió los amó como madre y los socorrió como reina. Al tiempo de morir, aunque no tenía mucho, porque todo lo había dado, instituyó á los pobres por herederos de lo que le restaba; y no es necesario decir que este piadoso testamento fué ejecutado escrupulosamente por Marciano, su digno esposo (3).

Ella murió á la edad de cincuenta y ocho años, y jamás muerte alguna excitó un sentimiento más profundo, más sincero ni más universal. Esta muerte cubrió al mundo de luto. La Iglesia creyó perder en ella su buena madre, y el Imperio su sosten y su gloria. Todos los Santos Padres y los escritores contemporáneos le tributaron homenaje é hicieron de ella los más grandes y magníficos elogios (4). En efecto, ningún príncipe cristiano hizo más por el Catolicismo que Santa Pulqueria, ni recibió testimonios más brillantes de parte de la Iglesia. Parecía que la Iglesia quería canonizarla en vida. Los padres del Concilio de Calcedonia, llenos de entusiasmo, la proclamaron unánimemente *la guarda de la fe, la conciliadora de la paz, el azote de los herejes*. También la llamaron la

(1) «Deiparam imprimis coluit cui hanc ipsam Deiparæ appellationem, contra nestorianorum blasphemias, aseruit. Voluit enim, summa sapientiæ suæ dispositione, divina Providentia ut per virginem, summa Virginis dignitas inoffensa penitus servaretur. Quam etiam est imitata, servando perpetuam, in ipso conjugio virginitatem. Cujus denique cultui amplificando, quam plura templa, regali plane magnificentia excitavit, donariis auxit, redditibus locupletavit.» (*Brev. Rom.*, 7 Jul.)

(2) «In placanda divina justitia, mira pietate enituit.» (*Ibid.*)

(3) «Fuit erga pauperes misericordia plane singulari, quos et materna quadam charitate complexa est, quoad vixit, et moriens eorum quæ assidua effusissimaque liberalitas reliqua fecerat scripsit hæredes: quod cautum ab ipsa testamento fuit, diligenter curavit Marcianus.» (*Ibid.*)

(4) «Obiit, magno omnium luctu, maximisque Sanctorum Patrum, cæterorumque ejus ævi scriptorum laudibus celebrata.» (*Ibid.*)



mujer piadosa y ortodoxa por excelencia, y la nueva Santa Elena, así como saludaron al Emperador, su esposo, con el nombre de *nuevo Constantino*. El soberano pontífice San Leon la felicitó mucho en nombre de toda la Iglesia romana, y le declaró que no se saciaba de dar gracias á Dios y regocijarse por ella, porque Dios le habia concedido una doble palma y una doble corona, por haber triunfado, primero de la impiedad de Nestorio, y despues del horrible error de Eutiques (1).

Todas las cartas de este gran Pontífice á la emperatriz Pulqueria son otros tantos panegíricos de sus virtudes y de su celo por la verdadera fe de la Iglesia. Ved aquí tambien lo que San Cirilo de Alejandría escribió de ella y de sus santas hermanas, en la dedicatoria de su bello libro *De la fe*, que les dirigió: «¡Oh santas vírgenes, les dice; oh esposas sagradas y castísimas de Jesucristo, nuestro comun Salvador; oh emperatrices religiosísimas y muy amadas de Dios; el mundo entero no dice nada de más al llamaros *el ornato del universo y la gloria de todas las Iglesias!* Se os ve admirablemente radiantes con el esplendor de todas las virtudes y de todos los adornos del alma, los únicos que son agradables á los ojos de la majestad de Dios. Pero vosotras no os satisfacéis con estas riquezas del corazón; vosotras habeis hecho todo lo posible por presentaros á los ojos del mundo como los modelos cristianos de la verdadera fe, de la fe sólida y perfecta. ¡Ay! Vosotras no omitis nada á fin de pensar y practicar únicamente lo que Jesucristo desea, lo que Jesucristo quiere, mereciendo de este modo su reino. Vosotras habeis ilustrado vuestra vida con excelentes acciones; vosotras habeis decorado vuestros salones y los de vuestros príncipes con la gloria de la virginidad; y como si todo esto nada fuese, habeis querido erigir templos suntuosos al Señor; porque, ademas de todas las gracias con que Él ha enriquecido vuestras almas, os ha

(1) «Digna effecta est quam Patres Concilii Chalcedonensis, una omnium voce et præconio, *custodem, fidei, pacis conciliatricem, expultricem hæreticorum*, piam, orthodoxam, *novam Elenam* (sicut Marcianum, tunc imperatorem, *novum Constantinum*), consalutarent; cuique Sanctus Leo, totius romanæ Ecclesiæ nomine, plurimum gratularetur, ejusque causa exultare se diceret, ac digna Deo vota persolvere, quod, de nestoriana primum impietate, mox de nefario Euthichetis errore perento, duplicem illi et palmam contulerat et coronam.» (*Brev. Rom.*, 7 Jul.)

inspirado el pensamienso y el deseo de manifestar tambien por este medio vuestra piedad. Á pesar de lo instruidas que parecéis en toda la doctrina y en todas las prácticas de la religion, permitidme que os exponga aquí algunos pasajes de los libros santos; éste es un objeto de edificacion y un homenaje que os presento, como á verdaderas y santas esposas de Jesucristo» (1).

Ved aquí, pues, lo que fué la emperatriz Santa Pulqueria; pero esto da lugar á observaciones importantes. En primer lugar, San Pablo dice que la verdadera piedad es buena y útil para todo: *Pietas ad omnia utilis est*. Pero la admirable vida de Santa Pulqueria nos manifiesta que la verdad de estas sublimes palabras se verifica particularmente en la mujer. Segun lo que acabamos de ver, no basta con decir que la mujer verdadera y sólidamente piadosa es buena hija, buena hermana, buena esposa y buena madre. Santa Pulqueria ha enseñado al mundo que una mujer como ella es tambien una buena reina; que puede, no sólo educar á sus hijos, sino tambien conducir á los pueblos; que puede, no sólo gobernar una familia, sino tambien gobernar un estado y aun un vasto Imperio, y hacerlo feliz.

En segundo lugar, la vida de Santa Pulqueria nos presenta una mujer virgen y esposa, devota y grande, justa y caritativa, firme y discreta, modesta y sublime; una mujer que reúne en sí, en el más alto grado, los encantos de la jóven y el valor del guerrero, la delicadeza de conciencia del alma piadosa, y la decision, el cálculo y el talento del hombre de Estado; todas las virtudes del claustro

(1) «Sane vos sacras castissimasque Christi omnium nostrum Salvatoris sponsas, religiosissimæ ac Deo dilectissimæ imperatrices, *orbis terrarum ornamentum, sanctarumque ecclesiarum decus* optimo jure quisquis appellaverit; in quibus nimirum omne virtutum genus, omnisque ornatus divinæ Majestatis oculis gratus acceptusque mirifice splendet. Neque his opibus contempte, omnem quoque curam, omnemque studium adibetis, quod fide recta, nullamque in partem vacillante, excellatis. Neque Christi regnum capessere et ea quæ illi grata sunt facere et sentire omititis: partim quidem præclaris actionibus; partim rursus cum vestras, tunc principium quoque vestrorum aulas virginitatis gloria condecorantes; partim denique sumptuosissima templa Domino excitantes: nam et hoc quoque pietatis studium, inter cætera, ille sanctis vestris animis impertitus est. Igitur ex sacris Litteris vobis vere sanctis Christi sponsis (quamquam ad quodvis opus bonum instructe videamini), aliquid de promam.» (S. Ciril. Alex., *De fide, ad Pulcher. et soror.*)



y todas las grandezas y todas las glorias de la soberanía; una mujer, en fin, en la cumbre del poder, hija dócil de la Iglesia, que vive como una gran santa y que gobierna como una gran soberana (1). Jamás se ha visto un espectáculo semejante. Las pretendidas virtudes y las glorias de las mujeres que se presentan á la admiración de las jóvenes cristianas nada son en comparación de las virtudes y de las glorias de esta elevada mujer del Cristianismo. Jamás se había visto á una mujer subir tan alto ni presentarse á los ojos del universo de un modo tan majestuoso y tan admirable. La historia de la humanidad jamás había ofrecido nada más bello, más imponente ni más grandioso. Esto sólo se ha visto en la Iglesia. Por consiguiente, el Catolicismo, que obra por sí solo estos prodigios, es divino, es la única religión verdadera.

§ XXX.—La mujer católica de la corte, ayudando á San Gregorio á consolar á los pueblos, á reprimir las herejías y á propagar el Cristianismo.—El mismo Santo Pontífice tratando de los grandes negocios de la Iglesia con la emperatriz Constantina, con la emperatriz Leoncia y con la reina Teodolinda.—Celo de estas princesas por el sostenimiento de la fe católica, celebrado por San Gregorio.—La reina Brunehaut de Francia y la reina Berta de Inglaterra ayudan también al mismo Pontífice á convertir á los ingleses.

El papa San Gregorio el Grande debió, lo mismo que San Leon, al piadoso concurso y al celo de la mujer católica, que encontró en el palacio de los príncipes de su tiempo, el haber reprimido grandes errores, evitado grandes escándalos, aliviado grandes desgracias y propagado el Cristianismo. En el magnífico é importante

(1) Ved aquí la magnífica pintura que Gibbon, que, por su odio al Cristianismo, no es sospechoso de lisonja, ha hecho del modo de gobernar de esta prodigiosa mujer: «La devoción no impedía á Pulqueria dedicarse con una atención infatigable á los negocios del gobierno, y esta princesa es la única de los descendientes del gran Teodosio que parece haber heredado una parte de su valor y de sus talentos. Ella había adquirido el uso familiar de las lenguas griega y latina, de las que se servía con gracia en sus discursos y en sus escritos relativos á los negocios públicos. La prudencia presidía siempre á sus deliberaciones. Su ejecución era pronta y decisiva. Moviendo sin ruido y sin ostentación las ruedas del gobierno, atribuía discretamente al genio del Emperador la larga tranquilidad de su reinado. En los últimos años de su

*Epistolario* de este gran Pontífice se encuentra un gran número de cartas dirigidas á la emperatriz Constantina y á Teoclisa, hermana del emperador Mauricio y aya de sus hijos.

Estas cartas nos enseñan, en primer lugar, que aquellas princesas verdaderamente cristianas enviaban de Constantinopla á Roma al Santo Padre abundantes limosnas, que él empleaba en redimir á los cristianos hechos esclavos por los bárbaros. El emperador de Oriente era entonces Mauricio, aquel monstruo de imbecilidad y de avaricia que por el dinero lo vendía todo, la ventura de los pueblos y los intereses de la fe. La correspondencia de San Gregorio con la Emperatriz y su cuñada nos manifiesta también que el Santo Pontífice se dirigía á aquella santas y celosas matronas siempre que la ortodoxia estaba en peligro por las intrigas de los herejes, que con la llave del oro encontraban la puerta siempre abierta para llegar al Emperador; y la misma correspondencia nos manifiesta también que, si Mauricio no fué más lejos en su insolencia sacrilega contra la Iglesia; si á instancias del Soberano Pontífice revocó muchas leyes funestas á la Iglesia y al Imperio mismo, y si permaneció un poco de dignidad y de poder cristiano en aquel palacio, donde la avaricia más innoble reinaba al lado de la más refinada hipocresía, esto se debió á la influencia poderosa de la mujer católica. Santa Sopatra y Santa Damiana, su hermana, hijas de Mauricio, caminando por las huellas de Constantina, su madre, y de Teoclisa, su tía, alimentaban también los sentimientos de la más tierna devoción para con el soberano pontífice San Gregorio; todas cuatro habían formado una especie de conspiración santa para hacer valer sus peticiones y defender sus derechos ante el Emperador, su desgraciado padre, hermano y esposo, y se necesitó toda

apacible vida la Europa sufría mucho con la invasión de Atila; pero la paz continuó reinando siempre en las vastas provincias de Asia. Teodosio el Joven jamás se vió reducido á la triste necesidad de tener que combatir ó castigar á ningún súbdito rebelde. Y si no podemos alabar á Pulqueria por un gran vigor en su administración, la dulzura de esta administración merece al menos algunos elogios.» (*Histoire de la Decad.*, tomo VI, cap. XXXII.) Ved aquí el mayor elogio que puede hacerse de la administración de un príncipe. En cuanto á la falta de vigor que Gibbon parece que echa en cara á esta admirable princesa, se encuentra refutada por la historia de su reinado, y por este mismo autor, que afirma que la ejecución de Pulqueria era pronta y decisiva.



la bajeza de alma de Mauricio para resistir con frecuencia á sus santos esfuerzos reunidos.

La islas de Cerdeña y Córcega, dependientes del gobernador imperial de África, eran muy desgraciadas en lo espiritual, lo mismo que en lo temporal; los agentes de Mauricio se mostraban en ellas más impíos y más crueles que los mismos bárbaros. Queriendo San Gregorio hacer que cesase un estado tan deplorable y tan funesto á la religion y á la felicidad de aquellas pobres poblaciones, se dirigió á la mujer, á la emperatriz Constantina, por medio de la siguiente carta, tan honorífica para el Santo Pontífice, cuyo celo y cuya caridad revela, como para la princesa misma, cuyo interes por todo lo que tocaba á la religion manifiesta :

« Como sé, le dice San Gregorio, que vuestra serenísima señoría piensa en la patria celestial y en la vida de su alma, creeria cometer un crimen si callase ciertas cosas que el temor de Dios debe manifestar. Habiendo sabido que en la isla de Cerdeña habia todavía gran número de paganos que sacrificaban á los ídolos, y que los obispos del país no tenian cuidado de predicarles á nuestro Redentor, envié allá un obispo de Italia, que, con el auxilio del Señor, ha convertido á la fe un gran número de habitantes; pero él me ha anunciado un hecho muy sacrilego. Los que en aquella isla sacrifican á los ídolos pagan al juez cierta cantidad para que les conceda su permiso. Habiendo recibido algunos de ellos el bautismo y cesado de sacrificar á los ídolos, el juez de la isla continúa exigiéndoles el precio de la idolatría. Habiéndole reconvenido por esto el citado obispo, respondió él que habia prometido tanto dinero por su cargo, que sin estas rentas no podia pagarlo. En la isla de Córcega los habitantes están tan oprimidos por la enormidad de los impuestos y por la dureza de los que se los exigen, que apenas pueden pagarlos vendiendo sus propios hijos, de lo que resulta que los propietarios de esta isla abandonan las tierras del Imperio donde se profesa la verdadera religion, y se refugian forzosamente en la abominable nacion de los lombardos; porque, ¿qué trato más cruel pueden sufrir de los bárbaros, que el de verse obligados á vender sus propios hijos? Se dice que en la Cerdeña, un tal Estéban, cobrador de los impuestos marítimos, comete tantas injusticias y tantas opresiones, confiscando, sin forma de proceso, los bienes de los particulares, que, si yo quisiera enumerar todos los he-

chos de que tengo conocimiento, apenas bastaria un gran volúmen.

» Vuestra señoría ilustrísima debe considerar bien todo esto, y acallar los lamentos de los oprimidos; porque yo supongo que estas cosas no han llegado á vuestros oídos. Si ellas hubiesen llegado, no hubieran durado hasta el presente. Es necesario hacerlas saber en tiempo oportuno al piadoso Emperador, á fin de que él aparte de su alma, de su Imperio y de sus hijos, ese peso espantoso de iniquidades. Yo sé que él dirá que todo cuanto proviene de esas islas se gasta en Italia. Pero yo le responderé, diciéndole que dé menos á la Italia, pero que impida que las lágrimas de los oprimidos acusen su Imperio. Si esas contribuciones aprovechan tan poco, tal vez consista en que son recogidas por medio de crímenes. Las serenísimas señoras deben prohibir, por consiguiente, que nada se exija al pueblo de una manera culpable. Menos impuestos, justos, aprovecharán más á la república. Aun cuando fuese de otro modo, siempre valdria más perder la vida temporal que exponeros á perder la vida eterna; porque debeis pensar seriamente cuáles pueden ser las entrañas de los padres cuando venden á sus hijos para no ser puestos en tormento. La compasion que se debe tener de los hijos ajenos, la saben bien los que los tienen propios. Por esta razon me basta con haber indicado brevemente estas cosas, temiendo que, si vuestra piedad no supiese lo que pasa en nuestro país, mi silencio me hiciese culpable ante el tribunal del supremo Juez.»

Esta bella y afectuosa carta tuvo un éxito feliz. Aquellas infortunadas islas recibieron un gobierno verdaderamente cristiano y humano. Las opresiones y las extorsiones cesaron, y la obra civilizadora de los misioneros enviados por el Papa, libre ya de todos los obstáculos que le oponia una administracion tiránica y embrollada, prosperó de tal manera, que en poco tiempo aquellas islas se hicieron enteramente cristianas.

Pero no habiendo podido vencer la ciega obstinacion de Mauricio, ni corregir su avaricia y su impiedad las santas y admirables mujeres que le rodeaban, este miserable príncipe, segun se lo habia anunciado San Gregorio, encontró en uno de sus generales, Fócas, el castigador de sus crímenes, como tambien su sucesor en el Imperio. Ante este nuevo emperador encontró tambien San Gregorio en la mujer católica, la emperatriz Leoncia, el abogado y el protector de los intereses católicos. Tan pronto como su esposo fue



elevado al trono, el santo y celoso Pontífice le escribió, y le exhortó á que imitase á Santa Elena y á Santa Pulqueria, tomando á su cargo la proteccion de la Iglesia de San Pedro. (Lib. III, Epístola 38.) Así lo hizo en efecto la noble princesa, porque ella fué quien suavizó el carácter salvaje de su esposo; ella le inspiró los sentimientos de celo y de devocion á la Santa Sede, de que estaba penetrada ella misma; de tal modo, que Focas fué el primero que pidió un nuncio del Papa, que le representase en la córte, con el fin de que reprimiese el orgullo de la herejía é hiciese respetar los dogmas y las leyes de la verdadera religion.

Al mismo tiempo que San Gregorio obraba así en Oriente, se ocupaba tambien con el mismo celo en defender en Occidente los verdaderos intereses de los pueblos y de la Iglesia; y esto lo consiguió tambien por el concurso de la mujer católica. Los lombardos hacian la guerra á los romanos en Italia, y saliendo cuasi siempre vencedores, la asolaban en todos sentidos, y la fe y las costumbres sufrían tanto como el bien material de los pueblos, inocentes é inofensivos. Pues bien, San Gregorio tuvo la felicidad de poder contener la ferocidad de la barbarie victoriosa, y de conseguir que concediese la paz á los vencidos y respetase la fe y la independenciam de la Iglesia; pero esto lo consiguió dirigiéndose á la reina Teodolinda, tratando directamente con ella de los grandes intereses y de la religion de los pueblos, y encontrándola siempre dócil para escucharle, pronta para ayudarle y poderosa para obrar. La segunda carta del libro tercero del *Epistolario gregoriano* es una prueba de esto. Despues de haber felicitado San Gregorio en una carta á la buena y piadosa reina por haber hecho bautizar en la Iglesia católica al pequeño príncipe Adoaldo, destinado á reinar sobre los lombardos, le dice: «Dios nos libre de separarnos de la carta de San Leon (á San Flaviano) y de los cuatro concilios, Niceno, Constantinopolitano, Efesino y Calcedonense, martillos de los herejes. Yo envío á nuestro excelentísimo hijo, el rey Adoaldo, una cruz con dos pedacitos de madera de la Santa Cruz del Señor, y un evangelio en una cajita de Persia; y á nuestra hija, su hermana, tres anillos, que os ruego se los entreguéis con vuestra propia mano, á fin de que nuestra dádiva le sea más agradable. Os rogamos tambien que deis gracias, en nuestro nombre, á nuestro excelentísimo hijo, el Rey, vuestro esposo, por la paz que ha hecho, y le ex-

citeis á que la conserve, como habeis acostumbrado á hacerlo, á fin de que, entre el gran número de buenas obras que haceis, seais tambien recompensada ante Dios por haber salvado á un pueblo inocente que podia perecer en caso de guerra.»

Una de las glorias de San Gregorio el Grande es la de haber enviado á San Agustin y á otros santos y celosos monjes á la Gran Bretaña para convertir á los ingleses, lo cual le valió el título de *apóstol de Inglaterra*. Pero no debemos olvidar que esta grande é importante mision fué sostenida y prosperó por el concurso de las mujeres. La prueba de este hecho la encontramos en la famosa carta del gran Pontífice á Berta, esposa de Etelberto, rey de Inglaterra. En esta carta, despues de haber dado gracias á la Reina por la proteccion que habia dado á San Agustin y á sus compañeros, la compara San Gregorio á Santa Elena, madre de Constantino, de quien Dios se sirvió, dice él, para excitar á los romanos á la fe cristiana, como esperamos que *El se servirá del celo de vuestra gloria para hacer conocer á la nacion de los ingleses los efectos de su misericordia*.

Ved aquí otra prueba del mismo hecho. La reina de Francia, Brunehaut, viuda de Sigisberto y esposa de Meroveo, no era una santa, pero al ménos parece que tenía bastante celo y bastante fe, y que se han exagerado sus injusticias, supuesto que el mismo Santo Pontífice, que tenía siempre los ojos abiertos sobre lo que pasaba en el mundo, y particularmente en la córte de los príncipes cristianos, con respecto á la mision de Inglaterra, dirigió tambien á esta princesa una carta, concebida en los términos siguientes:

«Damos gracias al Dios Todopoderoso porque, entre los muchos dones de su bondad con que ha adornado á vuestra excelencia, os ha llenado de un amor tan grande á la religion, que ejecutais con ardor todo lo que puede contribuir á la salvacion de las almas y á la propagacion de la fe. La fama nos ha hecho conocer los grandes auxilios que habeis proporcionado á nuestro hermano Agustin. Los que no conocen vuestra piedad se llenarán de admiracion; pero á nosotros, que hemos visto tantas pruebas de ella, no nos causa admiracion; sólo nos resta alegrarnos con vos. Vos habréis sabido los milagros que el Salvador ha obrado en la conversion de los ingleses, y esto debe ser para vuestra excelencia un gran motivo de consuelo, supuesto que nadie ha tomado tanta parte como vos en esta buena



obra. Y si esta nacion ha tenido la dicha de escuchar la predicacion del Evangelio, á vos, despues de Dios, es á quien lo debe.» Así, pues, segun el testimonio de San Gregorio, la Inglaterra debe, despues de Dios, su conversion al Cristianismo á una mujer, y esta mujer era una reina francesa. ¡Nuevo título de gloria para la mujer, y para la Francia igualmente!

§ XXXI.—La emperatriz Irene, azote de los iconoclastas; por ella se reúne el segundo Concilio de Nicea, que los condena.—Bello espectáculo de esta princesa presidiendo la última sesión de aquel Concilio.—Solemnidad y magnificencia con que Irene hace celebrar la destrucción de la gran herejía y la restauración del culto de las santas imágenes.

Antes de dejar el Oriente, debemos tributar homenaje, en nombre de la Iglesia, á otras dos emperatrices que, aunque mucho tiempo despues, por su afecto al Catolicismo merecieron el reconocimiento del Catolicismo y de la Iglesia. Una de ellas es la emperatriz Irene, el azote de los iconoclastas y la restauradora del culto de las santas imágenes, que los últimos emperadores, y en particular el emperador Leon, su esposo, habian perseguido sacrilegamente. Se sabe que este malhadado Emperador llevó hasta tal punto de cinismo su odio satánico á las imágenes, que habiendo visto un día sobre uno de los altares de Santa Sofía una rica corona que el emperador Mauricio habia colocado en él, y que la rapacidad sacrilega de los iconoclastas habia perdonado, la hizo quitar de allí y se la puso en la cabeza, diciendo: «Esta corona está mejor aquí que donde estaba»; y se la llevó á palacio. La venganza del cielo no se hizo esperar mucho tiempo: acometido el emperador Leon por una apoplejía fulminante, murió el mismo día, á la edad de treinta años, dejando un hijo único, de doce años de edad. El partido de los iconoclastas era muy atrevido y muy poderoso. Un gran número de obispos, de grandes del Imperio y de soldados de la guardia imperial estaban infestados de esta herejía. Habiendo tomado Irene las riendas del Imperio por la muerte trágica de su esposo y la menor edad de su hijo, aunque era católica, no pudo desde el primer momento de su regencia atacar de frente aquel partido, que habia causado tantos males á la Iglesia y al Estado, y que no retro-

cedia ante ningun obstáculo, sino que, tan sabia como fervorosa, hizo lo que estuvo en su mano hacer. Desde el momento suspendió todas las persecuciones contra los católicos, y se declaró en su favor; de modo que el pueblo comenzó á hablar libremente de las santas imágenes y á manifestar públicamente su deseo de verlas restablecidas. Habiendo vacado la silla patriarcal de Constantinopla por el fallecimiento de Pablo, que acababa de morir en los sentimientos del más profundo arrepentimiento por haberse mostrado demasiado débil contra los perseguidores de las imágenes, propuso ella á los obispos, á los consejos de los grandes y al pueblo, al llamado Taracio para reemplazarle, y esta proposición fué unánimemente aceptada por todo el mundo. Taracio era lego; pero educado por Santa Eucracia, su madre, señora muy célebre por su piedad, era el católico más fervoroso y el hombre más santo de todo el Imperio. Esta elección honró tanto la sabiduría como la piedad de la Emperatriz. En la resolución que habia tomado de restaurar completamente el Catolicismo en Oriente, era necesario comenzar por colocar en la silla de Constantinopla un obispo como éste. Además, cuando se trata de la religión, la mujer, sea cualquiera el poder de su voluntad y la altura de su posición, nada puede sin las luces y la autoridad del obispo; así como el obispo, segun hemos visto ya, y veremos despues en la época siguiente, sea cualquiera su celo, no puede hacer grandes cosas sin el concurso y la cooperación de las mujeres. Despues escribió Irene, por sí misma y por medio de su hijo, al papa Ariano en estos términos: «Supuesto que vos sois la cabeza de la Iglesia, que habeis recibido de Dios el *principado del episcopado*, como nosotros hemos recibido el del Imperio, os pedimos que nos presteis vuestro auxilio, porque hemos resuelto remediar los males que los tres últimos emperadores hicieron á la Iglesia con la herejía de los iconoclastas, que ellos habian apoyado con todas sus fuerzas. Y supuesto que el medio más propio para esto es el de reunir un Concilio general, suplicamos á Vuestra Santidad que se presente en él para afirmar la antigua tradición respecto á la veneración de las imágenes; y que si Vuestra Santidad no puede honrar la Asamblea con su presencia, envíe al ménos á ella personas justificadas y hábiles, con autorización suficiente para representar su persona.» (*Rom.*, 7.) La Emperatriz obligó tambien á Taracio á que escribiese al Papa y le enviase su profesión de fe.